

*José Enrique de Ayala**

La Cumbre de Singapur: una
oportunidad para la paz

La Cumbre de Singapur: una oportunidad para la paz

Resumen

El día 12 de junio se reunieron en Singapur el presidente de Estados Unidos, Donald Trump y el líder supremo de la República Popular Democrática de Corea, Kim Jong-un, en un nuevo intento de lograr una paz duradera en la península coreana, que debería incluir el desmantelamiento de la capacidad nuclear de Corea del Norte a cambio de ciertas compensaciones económicas y garantías de seguridad. La cumbre, que ha sido calificada de histórica, pues nunca antes había tenido lugar un encuentro a este nivel, se ha saldado con una declaración conjunta que la mayoría de los expertos consideran genérica e inconcreta. No obstante, aunque los acuerdos precedentes siempre han terminado en fracaso, en esta ocasión, dadas las dificultades económicas y la falta de apoyos que sufre el régimen norcoreano, la cumbre podría suponer un impulso decisivo para emprender negociaciones de detalle que condujeran al desmantelamiento de su arsenal nuclear y a lograr la paz definitiva en la península coreana y una mayor estabilidad en la región.

Palabras clave

Estados Unidos, Corea, Trump, Kim Jong-un, desarme nuclear, Cumbre de Singapur, paz.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Singapore Summit: an opportunity for peace

Abstract

On June 12, the President of the United States, Donald Trump and the Supreme Leader of the Democratic People's Republic of Korea, Kim Jong-un, met in Singapore in a new attempt to achieve a lasting peace on the Korean peninsula that should include the dismantling of North Korea's nuclear capacity in exchange for certain economic compensations and security guarantees. The summit, which has been described as historic, because never before had a meeting at this level, has been settled with a joint statement that most experts consider generic and vague. Nevertheless, although the previous agreements have always ended in failure, this time, given the economic difficulties and lack of support suffered by the North Korean regime, the summit could be a decisive impetus to undertake detailed negotiations leading to the dismantling of its nuclear arsenal and achieve definitive peace in the Korean peninsula and greater stability in the region.

Keywords

United States, Korea, Trump, Kim Jong-un, nuclear disarmament, Singapore Summit, peace.

Introducción

En el año 1948, las dos zonas de ocupación de la península coreana que se habían establecido al final de la Segunda Guerra Mundial, se convirtieron en dos países independientes. En la zona soviética, la República Popular Democrática de Corea (RPDC), o Corea del Norte, con capital en Pyongyang, y en la zona estadounidense la República de Corea, o Corea del Sur, con capital en Seúl. La guerra que enfrentó a ambas, entre 1950 y 1953, apoyados por China —el norte— y por EE. UU. con otros aliados —el sur—, no ha terminado oficialmente, pues nunca se firmó un tratado de paz, sino un armisticio. Desde entonces, las relaciones intracoreanas han pasado por periodos de cierta distensión y otros de grave crisis que han amenazado a veces con una reanudación de la guerra.

El régimen de la RPDC se caracteriza por ser uno de los más despóticos, brutales, y agresivos del planeta, bajo la dirección de una dinastía, los Kim, que han hecho del Estado una herencia familiar. A su primer líder, Kim Il-sung, fallecido en 1994, después de 46 años de dictadura feroz, le sucedió su hijo Kim Jong-il, y a este, cuando murió, en 2011, su cuarto hijo, Kim Jong-un, que contaba entonces 27 años. A pesar de su juventud, de haberse educado en Berna (Suiza) y tener una formación superior a sus predecesores, Jong-un dio pronto muestras de su crueldad, deshaciéndose de sus competidores en el poder. Su principal objetivo al frente de Corea del Norte ha sido completar el acceso a las armas nucleares, para lo que su abuelo y su padre habían sentado ya las bases, y acelerar el programa de misiles, con la convicción de que convirtiéndose en un Estado nuclear, la RPDC sería respetada y podría, si no extenderse a toda la península coreana, al menos sobrevivir con sus características actuales.

La posesión de armas nucleares por parte de un régimen como el norcoreano, de reacciones imprevisibles y fuera de cualquier control democrático, es una amenaza de primer orden para la paz y un factor de desequilibrio e inseguridad en toda la región, particularmente para sus vecinos más inmediatos, Corea del Sur y Japón, y no es aprobada ni por su único valedor durante décadas, la República Popular China. EE. UU. y la comunidad internacional a través de Naciones Unidas y la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA), han intentado reiteradamente frenar el programa nuclear militar de la RPDC, a cambio de compensaciones económicas, pero no han logrado hasta ahora su objetivo. Por el contrario, la nuclearización ha seguido desarrollándose a un ritmo cada vez más vivo hasta finales de 2017, y hoy es una realidad que Pyongyang

dispone de armas nucleares que, aunque de capacidad limitada, podrían producir destrucciones masivas en sus vecinos, en caso de ser utilizadas.

Antecedentes

En 1985 Corea del Norte firmó el Tratado de no Proliferación Nuclear (TNP). Después de las primeras inspecciones en la central nuclear de Yongbyon, que estaba en funcionamiento desde los años 70 con equipos soviéticos, la AIEA reportó, en 1993, al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (CSNU) ciertas irregularidades que podrían indicar una producción de combustible fisible para uso militar.

Pyongyang amenazó con abandonar el TNP, pero finalmente, en 1994, EE. UU. logró que la RPDC suscribiera un Acuerdo Marco por el que se comprometía a dismantelar su reactor nuclear moderado por grafito a cambio de ayuda internacional para construir dos centrales de agua ligera, no aptas para la producción de material utilizable en armas nucleares. Estas centrales no llegaron a construirse nunca, mientras Corea del Norte continuaba de forma encubierta con su programa de desarrollo de armas nucleares. En 2003, la RPDC abandonó el TNP, y se confirmó que estaba produciendo plutonio para armas nucleares en Yongbyon.

La consecuencia inmediata fue la puesta en marcha de las Conversaciones a 6, con la participación de las dos Coreas, EE. UU., Rusia, China y Japón. Las primeras cinco rondas, entre 2003 y 2007 no produjeron apenas progresos, aunque en 2005 hubo un principio de acuerdo que no llegó a buen fin. Mientras tanto, en febrero de 2005, Pyongyang declaró haber alcanzado capacidad nuclear «para autodefensa» y en octubre de 2006 realizó su primer ensayo nuclear. Esto impulsó la voluntad negociadora y en septiembre de 2007 se alcanzó un acuerdo similar al Acuerdo Marco de 1994, que fue nuevamente abandonado por la RPDC en abril de 2009, lo que puso fin definitivamente a la iniciativa a seis.

El ensayo nuclear de 2006 dio lugar a la resolución 1718 del CSNU por la que se imponían las primeras sanciones internacionales a la RPDC, incluyendo la prohibición de comerciar con tecnología y material de misiles. Desde entonces, el CSNU ha aprobado ocho resoluciones más, siempre por unanimidad —es decir incluyendo China— que han ido ampliando las sanciones, hasta la 2397, de diciembre de 2017, que prohíbe la importación de petróleo y gas así como la exportación de los productos más importantes para la economía norcoreana. Las sanciones no han conseguido doblegar

hasta ahora al régimen de Pyongyang, pero han tenido un efecto devastador sobre su economía que puede estar en el origen del proceso actual.

La capacidad nuclear de Corea del Norte

No existe un consenso entre los expertos sobre la capacidad nuclear militar real de la RPDC. Aunque actualmente está claro que dispondría de armas nucleares operativas, la evaluación de su número y potencia, así como de la capacidad de producción, se basa en estimaciones indirectas. Y lo mismo sucede con la capacidad de sus misiles para transportar y hacer llegar al blanco estas armas.

Pyongyang llevó a cabo, entre octubre de 2006 y septiembre de 2017 seis ensayos nucleares, el mismo número que utilizaron tanto India como Pakistán para dotarse de su capacidad actual, con potencias estimadas que fueron desde 1 kilotón (kt) la primera, hasta entre 100 y 200 kt la última, que podría haber sido un ingenio termonuclear o bomba de hidrógeno, aunque este último extremo no ha sido confirmado.

Según expertos de la Federación de Científicos Americanos¹, la RPDC dispondría ya de entre 10 y 15 armas nucleares y tendría plutonio y uranio altamente enriquecido en cantidades suficientes para producir entre 30 y 60 más a razón de 3 a 7 cada año. Pyongyang informó en 2015 de su capacidad de miniaturizar armas nucleares de modo que pudieran ser usadas como cabezas de sus misiles, aunque los expertos creen que alcanzó realmente esa capacidad en 2017 sin que sea posible determinar la potencia, peso y número de estas armas.

En lo que se refiere a los vectores de lanzamiento, la RPDC ha desarrollado una amplia gama de misiles, en todas las categorías desde los de muy corto alcance hasta los intercontinentales, la mayoría de ellos sobre plataformas móviles², algunos de los cuales podrían tener capacidad nuclear. El que más probablemente la tendría, a día de hoy, sería, el Hwasong-7 (Nodong), un misil balístico de medio alcance (1.200-1.500) capaz de alcanzar Japón transportando una cabeza nuclear, y del que existirían actualmente unos 100 lanzadores. Entre los de alcance intermedio, el que estaría más operativo sería el Hwasong 12, en uno de cuyos ensayos, en mayo de 2017, sobrevoló Japón, y que, con un alcance entre 3.000 y 4.500 kilómetros, podría amenazar la isla estadounidense de Guam.

¹ <https://thebulletin.org/2018/january/north-korean-nuclear-capabilities-201811409>.

² <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/00963402.2017.1413062>.

Finalmente, en cuanto a los misiles balísticos intercontinentales (ICBM), Pyongyang puede disponer de tres tipos: el Taepodong-2, una versión de un cohete de lanzamiento espacial, que podría alcanzar los 12.000 kilómetros, y los Hwasong 14 y 15, cuyos alcances máximos podrían ser de 10.400 y 13.000 kilómetros respectivamente. Todos ellos podrían alcanzar territorio continental de los EE. UU., y de buena parte del mundo. No obstante hay serias dudas sobre su operatividad ya que los ensayos realizados hasta ahora no se han hecho con carga útil, que podría reducir su alcance, ni a las distancias teóricas, y por tanto asuntos como la estabilidad o la precisión podrían ser poco fiables. Con todo, lo más problemático es que los ICBM coreanos sean capaces en la actualidad de hacer llegar una carga nuclear a un blanco situado a miles de kilómetros. Si la carga llega intacta a su distancia de destino, lo que ofrece muchas dudas, el problema de la reentrada en la atmósfera del vehículo de transporte de la cabeza nuclear no habría sido resuelto aún por los técnicos norcoreanos, según la práctica totalidad de los expertos occidentales. Y sin resolver ese problema, ni los misiles ni la capacidad nuclear tienen ninguna aplicación, por el momento.

La capacidad nuclear de la RPDC es todavía limitada, pero implica un riesgo actual para Corea del Sur y Japón, que estarían claramente dentro de su alcance operativo, y podría desarrollarse en poco tiempo, si Pyongyang dispusiera de los recursos necesarios, hasta llegar a suponer una amenaza real para el territorio de EE. UU. y para Europa.

La distensión intracoreana y la preparación de la cumbre

Después de haber llegado en 2017 a un máximo de tensión entre Washington y Pyongyang, con declaraciones incendiarias por ambas partes, en enero de 2018 la Casa Blanca emitió un comunicado sorprendente indicando que la Administración Trump estaba dispuesta a abrir conversaciones con Corea del Norte. A partir de ese momento, los acontecimientos se suceden rápidamente: el 6 de marzo, el jefe de seguridad nacional de Corea del Sur, Chung Eui-yong dice que la RPDC ha acordado renunciar a los ensayos nucleares y de misiles y emprender conversaciones de paz, que podrían conducir al abandono de su programa nuclear. Chung lleva a Washington una invitación de Kim Jong-un para celebrar una cumbre bilateral, y el 8 de marzo Trump acepta la invitación.

En paralelo, se estaba produciendo un nuevo intento de distensión entre las dos Coreas que llegaría mucho más lejos que nunca antes. El 27 de abril se reúnen en la zona

desmilitarizada del paralelo 38, el líder supremo de la RPDC, Kim Jong-un y el presidente de Corea del Sur, Moon Jae-in, y firman, en un marco de cordialidad inédito, la Declaración de Panmunjom para la Paz, la Prosperidad y la Unificación de la Península de Corea³; un documento histórico en el que acuerdan la desnuclearización completa de la península coreana, un desarme progresivo y llaman al concurso de EE. UU. y China para alcanzar un tratado de paz definitivo.

Como señal de buena voluntad, Kim libera el 9 de mayo a tres prisioneros de origen coreano y nacionalidad estadounidense, que son recibidos por Trump como un gran éxito. No obstante, todavía habría problemas. El Consejero de Seguridad Nacional de EE. UU., John Bolton, un halcón contrario a cualquier concesión, hace unas declaraciones el 13 comparando a la RPDC con Libia. Kim amenaza el 15 con suspender la cumbre y congela las conversaciones con Corea del Sur. Aunque el 24 se procede, en presencia de medios de comunicación internacionales, a la destrucción del centro de pruebas nucleares de Pungye-ri, reafirmando la voluntad de Pyongyang de terminar con los ensayos, el ambiente está envenenado y ese mismo día el presidente de EE. UU. anuncia oficialmente en una carta a Kim la cancelación de la cumbre.

Tácticas negociadoras, sin duda, muy queridas para Trump que tiene una gran confianza en su habilidad para conseguir ventajas de sus contrapartes, pero que activan todas las alarmas. El 26 de mayo, Kim y Moon vuelven a reunirse por sorpresa en la frontera para tratar de salvar el encuentro cancelado. Finalmente, el 1 de junio, después de recibir a Kim Yong-chol, enviado personal del líder supremo norcoreano, Trump acepta de nuevo, y definitivamente, acudir a la cumbre.

La oportunidad de iniciar un nuevo proceso

La rápida y acusada distensión que se ha producido entre la RPDC y EE. UU., y entre las dos Coreas, después de un año 2017 en el que la tensión subió al máximo grado, tiene razones objetivas que han movido a las partes, en dirección a un acuerdo.

El presidente Trump necesitaba un éxito en su política internacional, que le hiciera aparecer como el líder mundial que pretende ser, después de haberse enfrentado reiteradamente a sus socios europeos. Y lo necesitaba ahora, antes de las elecciones

³ <http://documents.latimes.com/panmunjom-declaration-peace/>.

mid-term que tendrán lugar en noviembre y en las que se juega probablemente la mayoría republicana en la Cámara de Representantes.

En el caso de la RPDC, la primera de sus motivaciones viene probablemente de la actitud clara de China en contra de la escalada nuclear que ha emprendido. La falta de apoyo, o incluso la presión encubierta de las autoridades chinas pueden haber decidido a Kim a emprender el camino de una negociación definitiva. Su viaje a Pekín el 25 de marzo —la primera vez que salía de su país desde su acceso al poder— para entrevistarse con el presidente chino, Xi Jinping, encuentro repetido el 8 de mayo, y su última visita, el 19 de junio, justo una semana después del encuentro con Trump dejan ver claramente el papel que ha jugado Pekín de facilitador en la sombra en todo este nuevo proceso de paz, empujando a su antiguo aliado, con el que las relaciones se habían deteriorado a raíz del apoyo chino a las sanciones, a aceptar un acuerdo.

La segunda, al menos tan importante, es la falta de recursos del régimen de Pyongyang, que se ha visto muy afectado por las sanciones económicas, las cuales estarían afectando al 90% de sus exportaciones. Aunque las cuentas norcoreanas son absolutamente opacas, Amnistía Internacional calcula en 10.000 millones de dólares el esfuerzo militar anual de Pyongyang, lo que supondría un 22% de su presupuesto⁴. Solo las pruebas de misiles del año 2017 habrían costado 400 millones⁵. Este es un gasto insostenible en las condiciones de penuria del país, que paraliza su economía productiva, y puede redundar en un desafecto de la población, a pesar de la dura represión, poniendo en peligro al régimen.

Además, a pesar de su enorme esfuerzo de casi 30 años, Corea del Norte no ha alcanzado un nivel de disuasión suficiente para garantizar su inviolabilidad. Ni el número, ni la potencia de sus armas nucleares, ni sobre todo la operatividad de sus vectores de lanzamiento permiten presumir que pudiera ocasionar, al menos por ahora, un daño severo más allá de la propia península coreana —y tal vez Japón— a cambio, por supuesto, de sufrir una destrucción total. Y no parece que en las circunstancias actuales esté en condiciones de alcanzar un nivel mucho mayor.

Pyongyang cree que tiene ya suficientes argumentos para hacerse valer como un Estado nuclear. Aunque tenga limitaciones, ir más allá exigiría unos recursos de los que carece.

⁴ <https://www.news.com.au/world/asia/north-korea-spends-whopping-22-per-cent-of-gdp-on-military-despite-blackouts-and-starving-population/news-story/c09c12d43700f28d389997ee733286d2>.

⁵ http://english.chosun.com/site/data/html_dir/2017/09/18/2017091801334.html.

Ha alcanzado su nivel máximo de esfuerzo, y ahora se dispone a vender lo que ha logrado a cambio de una garantía de que se va a respetar al régimen (y por supuesto a su líder supremo), y de una mejora sustancial de su economía.

El trato, por tanto, está claro: desnuclearización a cambio de supervivencia. Por eso, el tema de los derechos humanos —tan reclamado por organizaciones de todo tipo dentro y fuera de los EE. UU.— no puede tener cabida en la negociación, al menos en una primera fase. Si Kim se siente políticamente amenazado, no habrá ninguna posibilidad de acuerdo. Se trata ahora de desactivar el peligro de una confrontación de alta intensidad en la península que es la amenaza más grave —lo que debe incluir un tratado de paz entre ambas Coreas, y por supuesto una desnuclearización completa—, y después habrá que ver si una mejora de las condiciones económicas en el norte y un contacto más fluido con el sur no acaban por ablandar al régimen de Pyongyang.

Los resultados inmediatos de la cumbre

Finalmente, la cumbre se produjo, tal como estaba previsto el día 12 de junio en el hotel Capella de Singapur. Después de 5 horas de reunión, se dio a conocer su único resultado hasta el momento, una breve declaración conjunta⁶ que consta de cuatro puntos: compromiso entre Estados Unidos y Corea del Norte de establecer nuevas relaciones para alcanzar paz y prosperidad; unión de los esfuerzos estadounidenses y norcoreanos para crear un régimen de paz estable y duradero en la península de Corea; reafirmación de la Declaración de Panmunjom del 27 de abril, por la que la RPDC se compromete a trabajar hacia la completa desnuclearización de la península de Corea; compromiso de repatriación de los restos de los prisioneros de guerra y desaparecidos en acción. Ambos dirigentes se comprometen a implementar estas estipulaciones mediante negociaciones posteriores.

Esto es todo. Sin calendario, sin fechas límite, sin obligaciones concretas y verificables. Una declaración genérica y vaga que no compromete a nada. Si se descuenta el último punto, que es el único que ha empezado a cumplirse⁷, se trata en realidad de una ratificación de la Declaración de Panmunjon. Por supuesto, no se puede descartar que haya otros acuerdos que no se hayan hecho públicos, como ha sucedido en ocasiones

⁶ <https://www.cnn.com/2018/06/12/full-text-of-the-trump-kim-summit-agreement.html>.

⁷ <http://time.com/5318121/president-trump-north-korea-war-soldiers-remains/>.

similares en la historia, pero no parece probable. Como era previsible, las sanciones se mantendrán en tanto no se logren objetivos concretos.

La única concesión práctica ha venido, hasta ahora, de la mano del presidente de EE. UU., que, después de varias contradicciones entre sus colaboradores, ha decidido suspender las maniobras *Freedom Guard* que estaban programadas para el mes de agosto en Corea del Sur y mantener esta suspensión mientras las negociaciones sean productivas. Trump ha tratado de rentabilizar políticamente la cumbre declarando que la RPDC ya no representa una amenaza nuclear (lo que parece muy prematuro) y ha cubierto de elogios a su interlocutor, tan desmesurados como sus insultos anteriores. Pero mucho tendrá que trabajar el secretario de Estado, Mike Pompeo, para obtener resultados reales.

El auténtico ganador es Kim, que, sin haber cedido nada por el momento, ha conseguido tratar de igual a igual con el líder de la primera potencia mundial, adquiriendo así una legitimación internacional de la que carecía, y un reconocimiento explícito de su régimen que será difícil revertir en el futuro.

Un camino largo y complicado

Los responsables estadounidenses de preparar la cumbre de Singapur, y el propio Trump, renunciaron a exigir a Corea del Norte un desmantelamiento nuclear completo, verificable e irreversible, que era su objetivo declarado, con tal de no abortar el proceso. La cumbre no ha sido, como suele suceder, la culminación de una negociación, aunque haya habido lógicamente acuerdos previos para su ejecución, sino que puede dar lugar —en el mejor de los casos— al comienzo de un proceso que será sin duda largo y difícil, y que podría terminar, si tiene éxito, con la desnuclearización y la paz en la península. Su mejor resultado, por ahora, es que se haya celebrado, y su éxito se medirá en la medida en que dé efectivamente paso a ese proceso. Harán falta muchas reuniones, a todos los niveles, y arduas negociaciones para que el acuerdo inicial pueda cristalizar realmente.

Por el momento, el desmantelamiento no ha comenzado, aparte de lo que se hizo antes de la cumbre, y tampoco hay un plan conocido para hacerlo. Aunque Pompeo afirmó que la parte principal del proceso podría estar completada a finales de 2020 (coincidiendo con el fin del primer mandato del presidente Trump), dos años y medio parece un tiempo muy corto a la mayoría de los expertos. En una propuesta técnica de una posible hoja

de ruta, los especialistas en temas nucleares Siegfried S. Hecker, Robert L. Carlin y Elliot A. Serbin, del Centro para la Cooperación y la Seguridad Internacional de la Universidad de Stanford, calculan que el tiempo necesario para completar la desnuclearización podría llegar a los diez años⁸, y aun hay previsiones más pesimistas. Además, es necesario considerar el coste económico del proceso. Según Kwon Hyuk-chul, profesor de estrategia de seguridad en la Universidad surcoreana de Kookmin, una desnuclearización completa, irreversible y verificable costará 20.000 millones de dólares, de los cuales 5.000 se dedicarían al desmantelamiento propiamente dicho, otros 5.000 a la construcción de dos centrales nucleares de agua ligera, pendientes desde el acuerdo marco de 1994, y 10.000 al desarrollo económico y reconversión industrial y laboral de los recursos dedicados actualmente al programa nuclear⁹.

Pyongyang podría tomar alguna iniciativa adicional de carácter unilateral para mostrar su buena voluntad, como el desmantelamiento de una instalación de prueba de motores de misiles o incluso algo más importante como la interrupción de la producción de plutonio, pero está claro para todos los expertos que lo primero que hace falta es establecer una hoja de ruta con un calendario preciso y medidas de verificación acordadas, a la que tendría que estar asociada la AIEA, y cuyo primer paso debería ser la entrega por Corea del Norte de un inventario preciso de las armas nucleares, materiales e instalaciones que posee, así como de los misiles con capacidad nuclear actual o potencial. Este sí sería un paso concreto y decisivo que mostraría la voluntad real del régimen norcoreano y podría poner en marcha definitivamente el proceso práctico. Naturalmente, Kim necesitará que a cambio de este paso Washington ofrezca algunas medidas compensatorias, referidas al levantamiento de sanciones económicas y garantías, más o menos explícitas, de no agresión. Estas compensaciones podrían ser graduales, acompañando todo el proceso, para completarse cuando este termine.

Del mismo modo que no se conoce el contenido de las conversaciones previas a la cumbre, también son completamente opacas las negociaciones que pueden estar llevándose a cabo en la actualidad para plasmar el acuerdo en medidas concretas. No se puede descartar que en ese proceso de negociación de detalle haya desavenencias e incluso que el acuerdo entero pueda descarrilar, sobre todo teniendo en cuenta los precedentes y la personalidad imprevisible de sus dos principales protagonistas. Como

⁸ https://cisac.fsi.stanford.edu/sites/default/files/hecker_carlin-serbin_denuc_rlc.pdf.

⁹ <https://www.voanews.com/a/north-korea-pricey-denuclearization/4426577.html>.

se ha indicado, los acuerdos anteriores han sido sistemáticamente incumplidos por Corea del Norte, y ocasionalmente también por sus contrapartes. Tal vez en esta ocasión Pyongyang pueda tener mejor disposición, no porque Kim haya reflexionado sobre los beneficios de la paz, sino porque la precaria situación económica de Corea del Norte y la firme posición de China no parecen dejarle otra alternativa.

Las consecuencias del acuerdo en la región

La región de Asia-Pacífico se ha convertido en el centro de gravedad geoestratégico del planeta, donde convergen las dos primeras potencias económicas y militares: EE. UU. y China. Las relaciones entre ambos no pasan por su mejor momento a raíz de la guerra económica emprendida por Trump con la puesta en marcha de aranceles del 25% para un gran número de exportaciones chinas. Pero ambos países han tenido hasta ahora sumo cuidado en evitar alimentar litigios que pudieran conducir a una confrontación mayor o con repercusiones militares. En el caso de la RPDC, esta confrontación ya se produjo en la guerra 1950-1953 pero es altamente improbable que se reproduzca, porque los dos están de acuerdo en frenar, y si es posible revertir, la escalada nuclear de Corea del Norte y en propiciar su acercamiento a Corea del Sur

EE. UU. mantiene en Japón un contingente de unos 39.000 efectivos y en Corea del Sur un unos 23.500¹⁰, y ha desplegado en este último país el Sistema de Defensa de Área de Alta Altitud (THAAD) para defenderle de la amenaza de los misiles de la RPDC, mientras que Japón está adquiriendo el sistema AEGIS. Para Washington, la defensa de sus dos principales aliados en la región es vital, y por eso ha intentado por todos los medios lograr la desnuclearización de Corea del Norte, que es la principal amenaza. Pero no tiene ningún interés en un improbable enfrentamiento militar con China que sería catastrófico para ambos. De hecho, Trump insinuó antes de la cumbre la posibilidad de que el resultado final fuera la reducción, incluso el repliegue de sus tropas en Corea del Sur o en ambos países, aunque esta es una hipótesis todavía muy lejana.

China tampoco tiene ningún interés en el enfrentamiento. Las prioridades de Xi Jinping, en el área internacional, son completar y consolidar la unidad territorial de China, incluyendo la recuperación a medio plazo de Taiwán, y asegurar el dominio de las rutas marítimas que conducen al estrecho de Malaca por el que pasa el grueso de su comercio

¹⁰ <http://www.newsweek.com/us-military-japan-north-korea-asia-590278>.

exterior, para lo que necesita ocupar las islas del mar de la China meridional. Para ambas acciones necesita al menos la tolerancia de EE. UU. Tener un foco de tensión en su patio trasero, la península de Corea, que podría eventualmente desembocar en una guerra, y de donde no puede obtener ningún beneficio, es lo último que desea. Es más, su escenario ideal sería alcanzar un grado de distensión tal, que facilitara la retirada completa de las tropas norteamericanas lo que le permitiría consolidarse como el poder hegemónico en Asia.

Para el Gobierno japonés, es justamente lo contrario, la retirada de las tropas estadounidenses sería dramática si no hay un cambio sustancial de la situación. Sintiendo amenazado por los misiles norcoreanos que han sobrevolado su territorio, y sin capacidad suficiente de reacción dada la limitada capacidad de sus fuerzas de autodefensa (a pesar del importante refuerzo de los últimos años), Japón es enormemente reticente a cualquier concesión a Pyongyang que no venga acompañada por resultados concretos de desarme norcoreano. Se ha opuesto a la supresión de los ejercicios militares que considera vitales para la protección regional y ha mostrado su disgusto por no participar en las negociaciones previas de la cumbre, en las que hubiera reivindicado más garantías y algunas reclamaciones propias como las relativas a sus ciudadanos secuestrados por los servicios secretos norcoreanos en los años 70. Por su parte, Corea del Sur no puede prescindir tampoco de la protección de EE. UU. pero sus deseos de acercamiento al norte, con el horizonte de una posible reunificación, por razones económicas, políticas y humanitarias, le hacen mucho más proactiva en la búsqueda de un acuerdo.

Lo que está claro es que una distensión permanente, y aún más una reunificación de la península coreana producirían un cambio de escenario en el tablero de Asia- Pacífico de enorme trascendencia, que tendría consecuencias, en un nuevo equilibrio entre China y EE. UU., en el despliegue militar de este último y, muy probablemente, en el papel de Japón, que podría acceder a su completa independencia política y militar, sin perjuicio de su alianza con Washington, y a ejercer en la zona el papel que su potencia económica y demográfica le permiten.

Conclusión

La tensión en la península coreana, que ha tenido altibajos pero no ha cesado desde el final de la guerra en 1953, ha alcanzado un umbral de extrema gravedad con el acceso

de Corea del Norte a armamento nuclear aparentemente operativo, convirtiéndose en el principal foco de inestabilidad del área Asia-Pacífico y —junto con Oriente Medio— del mundo. Los esfuerzos que se han venido realizando desde 1994 para que Pyongyang renunciara a su programa nuclear militar, incluidas duras sanciones económicas, no han tenido éxito, por la contumacia del régimen norcoreano, que ha vinculado hasta ahora su supervivencia con su conversión en un Estado nuclear.

La iniciativa actual, cuya mejor representación ha sido la cumbre celebrada en Singapur entre el presidente Trump y el líder supremo Kim, pretende romper esa dinámica abriendo un nuevo proceso que podría conducir a una desnuclearización efectiva y a la conclusión de un tratado de paz entre ambas Coreas, a cambio del levantamiento de sanciones y tal vez de una ayuda económica sustancial, pero sobre todo de un reconocimiento y una garantía de supervivencia del régimen de Pyongyang.

Sin embargo, los resultados inmediatos de la cumbre han sido muy limitados, incluso decepcionantes, más allá de servir para establecer un clima de cierta confianza, que puede romperse en cualquier momento. De Singapur no ha salido ningún acuerdo nuevo ni avance sustancial, sino solo una mera declaración de intenciones, que no obliga a nada. Ahora empieza el trabajo duro de concretar el cómo, el cuándo, y a cambio de qué, lo que exigirá probablemente largas negociaciones no exentas de riesgos.

Los precedentes no permiten ser muy optimistas, ya que los acuerdos anteriores han sido sistemáticamente rotos por Corea del Norte, que ha reanudado una y otra vez su programa nuclear de forma encubierta, o abiertamente, con la excusa de cualquier incumplimiento o retraso en los compromisos de sus contrapartes. No obstante, esta vez podría ser diferente ya que Pyongyang está completamente solo, ni siquiera cuenta con la comprensión de Pekín para continuar su escalada, y además —afectado gravemente por las sanciones económicas— no dispone de recursos suficientes para seguir por ese camino. Si Trump, que necesita un éxito internacional para compensar la tensión creada con Irán y los desencuentros con sus aliados europeos, está dispuesto a dar garantías de seguridad al régimen norcoreano, Kim podría impulsar —esta vez sí— un proceso gradual de desmantelamiento nuclear verificable, lo que sería una excelente noticia para la región y para el mundo.

Habrá que esperar al desarrollo de las negociaciones de detalle en las próximas semanas y meses, para ver si realmente la cumbre de Singapur tiene un resultado efectivo. La visita de Kim a Washington podría ser el próximo paso en la dirección de

impulsar este difícil pero importante proceso, que podría acabar con el último vestigio de la guerra fría y traer la paz definitiva a la torturada península coreana.

*José Enrique de Ayala**
General de brigada (R)
Analista de Fundación Alternativas